

Estimado Mario Vargas Llosa:

Le dirijo esta carta con la reverencia que sus escritos imponen y, en un ejercicio de discreta imaginación, me refiero a usted mismo como si fuera un joven lector desconocedor de una obra portentosa, que resulta ser la suya.

Te preguntarás cómo abordar la lectura de un libro de Vargas Llosa. Tus temores son lógicos; no debes leerlo al buen albur. Primero has de mentalizarte, saber qué obra tienes en tus afortunadas manos y temblar de pasión reverente ante el premonitorio estilo que gasta un escritor irrepetible. En cierto modo, es un rito –religioso si se quiere– de iniciación. Tiene sus símbolos, su peculiar sentido más allá del sentido. Y si no estás dispuesto a ejecutar tal alarde con toda tu energía, todo tu sudor, todas tus magras fuerzas –con vocación de suicida– más vale que ni lo intentes, forastero. El terreno que vas a transitar no es para todos los públicos, a lo menos no para aquellos que sean indolentes a la belleza y que apetezcan la pasiva molicie en lugar del esfuerzo que lleva al éxtasis. Y es que la persuasión de esta mentira verdadera puede cambiar tu vida. Por tanto, no temas, sé cuidadoso y, a la par, quebranta el velo sin miedo al que dirán. Será el comienzo de una extraña y, sin embargo, maravillosa travesía. *La ciudad y los perros* te sorprenderá gratamente. ¿Tan joven pudo escribir tal novela? Pues, sí, amigo, tan joven la escribió. Ve a cualquier librería o a la biblioteca de la esquina y cómprala o tómala sin dilación. Y no dejes de leerla hasta el final. De hecho, no lo harás si eres el lector que creo que eres. Sin duda, lo eres. Y una vez que comiences a transitar este universo incomparable no podrás parar. De ahí el riesgo, grandioso riesgo. Continúa tu singladura con *La casa verde*. Sí, así se llama, *La casa verde*. Y cuando llegues a *Conversación en La Catedral*, oh, cuando llegues a *Conversación en La Catedral*, dime, si puedes, lo que sientes. Pero no te ahogues, respira hondo, toma aire, habla tranquilo. Sí, el placer tiene a veces estos curiosos inconvenientes. También has de conocer a Pantaleón y a las visitadoras, cómo no, a las visitadoras también. Pero, en esta ocasión, tendrás que visitarlas tú. Lee, lee sin miedo, traga saliva. Tranquilo. Ya sabes, las ansias crecen, las esperanzas menguan... nada nuevo. Es natural, continúa con tu lectura, no mires ni a izquierda ni a derecha, sigue leyendo. Más adelante conocerás a la tía Julia. Buena chica, ya verás. Bien, amigo, creo que quizás abuso de tu paciencia, o tal vez tú de la mía. Descubre por ti mismo lo que viene después. Tú, y nadie más, has de trazar tu propio camino en esta aventura sin par. Se hace camino al andar, como dijo el buen

poeta. Oirás de muchos escribas, escritores y escribanos vanos, no te fíes de todos, sé selectivo, sé prudente. Arriesga también cuando sea necesario, ya sabes eso de *la fortuna ayuda a...* Un último consejo, aunque quién soy yo para aconsejarte. No olvides pasar por *La fiesta del Chivo*, eso es una novela.

Adiós, amigo, olvida lo que he dicho. O coge lo que creas que sirva de algo. No pierdas tu valioso tiempo leyéndome. Corre, toma cualquier novela de Mario y que nadie te distraiga.

Suerte y al toro.

David Baró